

www.elboomeran.com

Ferdinand von Schirach

CULPA

Traducción del alemán de
María José Díez Pérez



salamandra

Título original: *Schuld*

Ilustración de la cubierta: Paul Taylor / Getty Images

Copyright © Piper Verlag GmbH, Múnich, 2010
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2012

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-482-6
Depósito legal: B-18.945-2012

1ª edición, octubre de 2012
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

Las cosas son como son.
ARISTÓTELES

Fiestas

El 1 de agosto hacía demasiado calor incluso para esa época del año. La localidad conmemoraba sus seiscientos años de existencia, olía a almendras garrapiñadas y algodón dulce, y el humo de la carne asada impregnaba los cabellos. Habían instalado todas las atracciones típicas de las ferias: ti vivo, autos de choque, tiro con escopetas de aire comprimido. Los ancianos hablaban de «un sol de justicia» y de «canícula», y llevaban pantalones claros y la camisa desabrochada.

Había personas decentes con trabajos decentes: corredores de seguros, propietarios de concesionarios, obreros. Gente respetable. Casi todos estaban casados, tenían hijos, pagaban sus impuestos e hipotecas y veían el telediario de la noche. Eran hombres normales y corrientes, y nadie habría pensado que pasaría algo así.

~

Tocaban en una banda. Nada emocionante ni especial: la reina de la vendimia, el club de tiro, el cuerpo de bomberos. Una vez habían estado en casa del presidente de la República; tocaron en el jardín y después les sirvieron cerveza fría y salchichas. La foto colgaba en el local donde se reunían, al jefe de Estado no se lo veía, pero alguien había pegado al lado el artículo de periódico que acreditaba que aquello era cierto.

Estaban sentados en el escenario con sus pelucas y sus barbas postizas. Sus esposas los habían maquillado con polvos blancos y carmín. Ese día todo debía ser solemne, «en honor de la ciudad», había dicho el alcalde. Sin embargo, aquello no tenía nada de solemne. Los hombres sudaban ante el telón negro y habían bebido demasiado. La camisa se les pegaba al cuerpo, olía a sudor y alcohol, entre los pies se acumulaban los vasos vacíos. A pesar de todo, tocaban. Y si se equivocaban, daba igual, ya que el público también había bebido lo suyo. Entre pieza y pieza había aplausos y cerveza fría. Cuando descansaban, un locutor de radio ponía discos. Del entarimado frente al escenario se elevaba el polvo, porque la gente, a pesar del calor, bailaba. En esos casos, los músicos iban a beber tras el telón.

La chica tenía diecisiete años y aún debía avisar en casa si alguna vez quería quedarse a dormir con su novio. El año siguiente terminaría el bachillerato y después estudiaría Medicina en Berlín o Múnich, se moría de ganas. Era guapa, de rostro franco y ojos azules, daba gusto verla, y se mostraba risueña mien-

tras desempeñaba su trabajo de camarera. Las propinas eran buenas, en las vacaciones de verano quería viajar por Europa con su novio.

Hacía tanto calor que sólo llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros, gafas de sol y el pelo sujeto con una cinta verde. Uno de los músicos apareció por detrás del telón, llamó su atención y señaló el vaso que sostenía. Ella atravesó la pista de baile y subió los cuatro peldaños del escenario con la bandeja, que en realidad pesaba demasiado para sus pequeñas manos. Pensó que el hombre estaba gracioso con la peluca y las mejillas empolvadas. Que había sonreído, recordó la chica, había sonreído y los dientes parecían amarillos en contraste con la cara blanca. El hombre apartó el telón para que la joven pasara adonde estaban los demás, sentados en dos bancos, sedientos. Por un instante la camiseta blanca resultó especialmente luminosa con el sol, a su novio le gustaba que la llevara. Entonces resbaló. Cayó de espaldas, no se hizo daño pero se le derramó la cerveza encima. La camiseta transparentó, ella no llevaba sujetador. Como la situación era embarazosa, se echó a reír y después miró a los hombres, que de pronto callaron y la miraron fijamente. El primero le tendió una mano, y así empezó todo. El telón había vuelto a cerrarse, por los altavoces se oía una canción de Michael Jackson a todo volumen, y el ritmo de la pista pasó a ser el ritmo de los hombres, y más tarde nadie podría explicar nada.

La policía llegó demasiado tarde. No creyeron al hombre que les telefoneó desde una cabina. Dijo que per-

tenecía a la banda, no mencionó su nombre. El agente que atendió la llamada informó a sus compañeros, pero todos se lo tomaron a broma. Sólo el más joven contestó que iría a echar un vistazo, y cruzó la calle en dirección a la plaza.

Bajo el escenario estaba oscuro y húmedo. Allí encontraron a la chica, desnuda, en el barro, embadurnada de esperma, embadurnada de orina, embadurnada de sangre. No podía hablar, y no se movía. Tenía dos costillas, el brazo izquierdo y la nariz rotos, los cristales de los vasos y botellines de cerveza le habían hecho cortes en la espalda y los brazos. Al acabar, los hombres habían levantado un tablón y la habían tirado bajo el escenario. Le habían orinado encima cuando estaba tendida en el suelo. Después habían vuelto a salir a escena. Tocaban una polca cuando la policía sacó a la muchacha del barrizal.

~ ~ ~

«La defensa es una lucha, una lucha por los derechos de los inculpados.» Esta frase figuraba en el librito con cubierta de plástico rojo que antes solía llevar conmigo. Era el *Manual del abogado defensor*. Acababa de presentarme a las oposiciones, y desde hacía unas semanas podía ejercer la abogacía. Creía en esa frase. Creía que sabía lo que significaba.

Un amigo de la facultad me llamó y me preguntó si quería tomar parte en una defensa, se necesitaban dos abogados más. Claro que quería, era un primer gran

caso, los periódicos no hablaban de otra cosa, y yo creía que ésa era mi nueva vida.

En un procedimiento penal nadie tiene que demostrar su inocencia. Nadie tiene que hablar para defenderse, tan sólo la acusación ha de presentar pruebas. Y ésa fue también nuestra estrategia: que nadie hablara. No tuvimos que hacer nada más.

La prueba de ADN podía presentarse ante los tribunales desde hacía relativamente poco tiempo. En el hospital, los policías cogieron la ropa de la chica y la metieron en una bolsa de la basura azul. Dejaron la bolsa en el maletero del coche patrulla, pues había que llevarla al Instituto Anatómico Forense. Creían que obraban bien. El coche estuvo al sol durante horas, y con el calor los hongos y bacterias que surgieron bajo el plástico modificaron el ADN, de manera que ya no pudo utilizarse.

Los médicos salvaron a la chica, pero acabaron con las últimas pruebas. Tendida en la mesa de operaciones, le limpiaron la piel. Las huellas de los agresores en la vagina, el ano y el resto del cuerpo fueron borradas, nadie pensó más que en la asistencia inmediata. Mucho después, la policía y el médico forense de la capital intentaron encontrar los restos dejados en el quirófano. Acabaron dándose por vencidos, y a las tres de la madrugada se encontraban en la cafetería del hospital, delante de sendas tazas marrones con café de filtro frío, cansados y sin ninguna explicación. Una enfermera les aconsejó que se fueran a casa.

La joven no pudo facilitar el nombre de los agresores, no pudo distinguir a los hombres; maquillados